

Todo empezó allá, por los años 50, cuando...

Oliver, un niño de tan solo seis años, llegó a casa con un "bicho rojo con patas" entre sus manos. Orgulloso de haber encontrado un animal tan peculiar, y con ánimo de que este se encontrara como en su casa, cogió una cazuela, la llenó de agua y metió al animalito dentro de ésta.

Mientras iba a buscar a su amigo para enseñarle su "descubrimiento", un malentendido provocó que esta cazuela se calentara...

Desde entonces, la recogida de cangrejos de ríos, se convirtió, por así decirlo, en un "deporte". Un majar exquisito para degustar. Esta costumbre se fue extendiendo... y en los años 60...

Era un día perfecto, acababan de organizar el campeonato de recogida de cangrejos, como anualmente desde hacia unos años se realizaba. Se celebraría dentro de seis meses. Muchos jóvenes de la aldea se presentarían al concurso. Para muchos era la primera vez que participarían, y esto les causaba gran emoción.

Más que nada porque en la aldea, al campeón de esta competición se le tenía mucha admiración, era muy reconocido, era como un ídolo para la promoción siguiente.

El concurso consistía, en que, en una tarde debían de recoger tantos cangrejos como les fuera posible.

Fue justo entonces, cuando un aldeano que paseaba junto al río observó como una especie de manchas inusuales en el río, que hasta entonces no se había conocido de otra forma, más que con agua totalmente cristalina.

Muy inquieto se dio la vuelta y se dirigió a la aldea.

En cuanto llegó, se lo comentó a los primeros vecinos que vio, y por lo que había contado aquel hombre, emprendieron camino río arriba.

No daban crédito a lo que veían, a medida que se iban acercando, más hacia el nacimiento del río, se veían más manchas.

Apresuraron la marcha.

Tras largo caminar, comenzaron a ver que el paisaje cambiaba. Eso no lo conocían. Habían recorrido el río muchas veces, pero últimamente, no habían prestado más atención que a la competición, y hacia algún tiempo que no aparecían por allí.

Enseguida se dieron cuenta de que allí pretendían construir algo. No sabían muy bien qué, pero no debía ser muy bueno.

Se acercaron. La obra estaba bastante avanzada.

Preguntaron a un obrero que vieron por allí cerca, que era exactamente lo que pretendían “poner” allí.

Este, no de muy buena gana les respondió, que no les importaba. Tras insistir un poco, lograron saber en que se convertiría aquel paisaje.

¡En una fábrica de productos químicos!

No podían creerlo. Sabían, el río no volvería a ser el mismo. Ese río con esa agua clara, cristalina, en el que tanto tiempo habían pasado, desaparecía.

Inmediatamente volvieron a la aldea y lo comunicaron.

Fue decidido por unanimidad, el hacer lo posible por que esa fábrica no siguiera construyéndose y dejaran de verter los desechos al río, que en un principio, simplemente serían los desechos de la obra, pero que en un futuro, serían los desechos de la fábrica, y esto agravaría mucho la situación.

Esto estaba matando a toda la fauna y la flora del mismo. Se sentían de alguna forma, atacados. Aquel campeonato, que formaba parte de su tradición, con el que soñaban, se venía abajo...

Y como se dice eso de, que la unión hace la fuerza, así ocurrió.

Tras mucho trabajo, manifestar sus ideas, y luchar por lo que creían injusto para el “medio ambiente” consiguieron lo que se propusieron.

Se detuvo la construcción de la fábrica, y dejaron de verter al río los desechos.

Enseguida empezaron a desaparecer las manchas que habían estado formando parte del paisaje durante algún tiempo y pronto la fauna y la flora se vieron recuperadas.

Y por fin llegó el gran día. El campeonato de la recogida de cangrejos. Por fin, aquello por lo que habían luchado se veía recompensado.

Aunque así lo parezca, la historia no acaba aquí, a diferencia de lo que parece, este no se convirtió en un final feliz.

La fábrica no llegó a ser construida gracias a los aldeanos, pero estos lo hacían con un solo fin, el de conservar una tradición que les marcaba como aldea, sin pensar en nada más, y sin ningún otro fin, más que en acaparar todos los cangrejos posibles y degustarlos.

Para ello era necesario proteger el medio ambiente, la fauna y la flora del río, pero a causa de este egoísmo de acaparamiento, hoy en día, en esa misma aldea, el descubrir “bichos rojos con patas” en ese mismo río, no se trata de un deporte, ni una competición, ni una tradición, sino de un hallazgo importante, ya que están en peligro, en peligro de no poder ser capturados por otros jóvenes como aquellos en otro campeonato, en peligro de extinción.

22 Mayo 2002.

SÁNCHEZ SÁNCHEZ, Cristina.

1^{er} premio Concurso “*IBAIALDE’2002*”.

Modalidad: **Cuentos** mayores de 16 años.

